

dor Alejandro hizo resaltar, al erigirse en apóstol de supuestos principios y derechos con los que se pretendían convertir á los pueblos en propiedad de los príncipes.

Firme el ministro francés en su propósito de suscitar dificultades á Rusia y Prusia, informado por Labrador, plenipotenciario de España, y por Saint-Marsan, representante de Cerdeña, de los pactos existentes entre las cuatro grandes potencias aliadas, presentó el veintiocho de Septiembre una nota, donde al par que defendía como justa la independencia de Polonia, señalaba los peligros de restablecer este reino para subordinarlo á Rusia. El mismo día, Alejandro, descontento de los ministros prusianos, celebró una conferencia con Federico Guillermo, de la cual resultó que Hardemberg, Nesselrode, Humboldt y Stein, consejero este último del Emperador de Rusia en los asuntos alemanes, firmaron una convención, en la que se estipulaba que Sajonia entera pasase á la dominación del rey de Prusia, á condición de conservar, entre los Estados de este príncipe, el título de reino. Con esto pensaba el Czar de Rusia preparar el camino para incorporar á su imperio el Gran Ducado de Varsovia, con el nombre de reino. El compromiso contraído por los dos soberanos debía permanecer secreto hasta tanto que el ruso juzgase conveniente disponer que sus tropas evacuaran el territorio de Sajonia, entregando la administración del mismo á Federico Guillermo.

Como estaba acordado abrir oficialmente el Congreso el dos de Octubre y no era posible demorar este acto sin el consentimiento de las potencias interesadas, Metternich citó á su casa, el treinta de Septiembre, á los representantes de Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Prusia y Rusia. En esta sesión preparatoria, que iba á decidir de la marcha del Congreso, Talleyrand y Labrador pusieron en más de un aprieto á sus colegas, especialmente á Metternich, con sus preguntas y observaciones. Ni en ella ni en una conversación habida el primero de Octubre entre Alejandro y Talleyrand, fué posible vencer ciertas dificultades previas, y, en su consecuencia, se determinó prorrogar la apertura de la asamblea hasta el día uno de Noviembre, consiguiendo Talleyrand que se desistiese de resolver de antemano, únicamente entre las *cuatro*, los problemas de más interés. El diplomático francés pidió también que el acuerdo prorrogando la apertura del Congreso se adicionase con estas palabras: «la cual (la apertura) se hará conformemente á los principios del derecho público». La frase se escribió después de acalorada discusión, mas no en el lugar donde Talleyrand quería colocarla, sino antes y en esta otra forma: «para que el resultado corresponda á los principios del derecho público, á las estipulaciones del tratado de París.....»

Aplazada la apertura del Congreso, se reanudó, en medio de los banquetes, recepciones y espectáculos teatrales, el trabajo de notas, contra-notas, memorias, cábalas y confidencias. No se podía dar un paso mientras no se dilucidaran las cuestiones batallonas de Polonia y Sajonia, y ocurría que los esfuerzos á tal fin encaminados resultaban infructuo-

sos, siendo de temer que el Congreso de la paz degenerara en campo de Agramante. Castlereagh y Metternich iban acordes en el asunto de Polonia; mas el segundo no atreviéndose á tomar la iniciativa, ponía por delante al ministro inglés, al paso que los prusianos, seguros del apoyo de Rusia en lo concerniente á Sajonia por virtud de lo convenido entre el Czar y Federico Guillermo el veintiocho de Septiembre, buscaban la manera de burlar las esperanzas de Alejandro en cuanto al Gran Ducado de Varsovia, por lo que les mortificaba el tener que renunciar á las provincias de Posen, y procuraban entenderse bajo cuerda con los austriacos y los ingleses, á quienes insinuaron que, si les cedían Sajonia, estaban dispuestos á unirse á ellos á fin de contener á Rusia. Metternich y Castlereagh eran harto avisados para caer en el lazo, y sospechando la existencia del tratado secreto entre Rusia y Prusia impusieron ciertas restricciones para allanarse á los deseos de la última.

Avanzaba á su término el mes de Octubre cuando se citaron, en casa de Metternich, los representantes de las ocho potencias signatarias del tratado de París de treinta de Mayo. Suecia y Portugal ocuparon el puesto que les correspondía, cesando con ellos las exclusiones convenidas primeramente entre las *cuatro*. Metternich expuso que, si bien se hallaban pendientes asuntos de gran entidad, no debía ser esto obstáculo para proceder á examinar los poderes de los agentes diplomáticos, encomendándose este trabajo á una comisión designada á la suerte y formada de representantes de Inglaterra, Prusia y Rusia. Discutióse en seguida, la necesidad de repartir el trabajo entre varias comisiones, dirigidas por una delegación de los ocho Estados y las cuales mediasen, á modo de amigables componedores, entre las potencias interesadas en cada punto litigioso. Proyecto prudente, por no ser posible reunir al Congreso en asamblea plena y trasformarlo en parlamento diplomático. Sin embargo, proponer dividirse el trabajo equivalía á suscitar la cuestión previa de la admisión de los representantes del rey de Sajonia y de los enviados por Murat, por lo que se siguió arrastrando las dificultades de protocolo en protocolo, aunque no sin que fueran formándose poco á poco comisiones para los asuntos menos embrollados. A la que ya existía, con representación de Austria, Prusia, Baviera, el Hanóver y Wurtemberg, para los negocios de Alemania, se añadió el catorce de Noviembre otra donde figuraban Austria, Prusia, Inglaterra y Rusia, encargada de los relativos á Suiza. En el arreglo de estos últimos, la parte principal correspondió á Alejandro, que se constituyó en defensor de los principios liberales, en oposición con Austria. Vaud, Tessino, Argovia, en una palabra, todos los cantones de creación reciente subsistieron, así como la igualdad civil, y con Ginebra, Neufchatel y el Valais, recobrados de Francia, se formaron tres nuevos cantones.

El restablecimiento de los Borbones en el trono de Nápoles tropezaba con ciertos obstáculos, más bien de forma que de fondo, y la cuestión quedó aplazada por de pronto.

No podía adoptarse el mismo temperamento en las concernientes á Sajonia y Polonia, porque la contienda que originaban entre las grandes potencias agriábase por momentos. Inglaterra, Austria y los pequeños Estados alemanes empezaban á contar sus soldados. Necesitaban el auxilio de Francia, y Talleyrand se lo ofreció gratuitamente. Inglaterra y Austria trazaron un plan de campaña eventual para el mes de Marzo de mil ochocientos quince, y Metternich significó el diez de Diciembre, por medio de una nota á Rusia y Prusia, que era preciso mantener el reino de Sajonia, salvo algunos territorios que se segregarian de él para cederlos á la segunda. Alejandro estimó que Rusia y Prusia no podían hacer frente á la coalición de Inglaterra, Austria, Francia y los demás Estados que las apoyaban y cedió, renunciando á la provincia polaca de Posen y consintiendo en que la parte del Gran Ducado de Varsovia se incorporase al Austria.

Habiéndose adjudicado á Prusia los territorios de la orilla izquierda del Rin, sus representantes indicaron la idea de cambiarlos por Sajonia. Francia no debiera haber vacilado en secundar esta proposición, con la que se habría fundado en la margen izquierda del Rin un pequeño Estado inofensivo. En vez de adherirse á ella, Talleyrand la combatió obstinadamente, á pesar de no existir razón ninguna que impulsara á Francia á favorecer á los sajones, como no fuera la de ser Luis XVIII hijo de una princesa de aquel país, única especie con que Talleyrand justificó su oposición al proyecto. Gracias á esta política de la Restauración, Prusia sentó el pie en la orilla izquierda del Rin. Austria, con todo, se avenía á que se desmembrara Sajonia en beneficio de Prusia, disputándose mucho acerca de la importancia de esta y otras mutilaciones. Enconáronse los ánimos de nuevo, y se estuvo á punto de romper definitivamente.

El primero de Enero de mil ochocientos quince, Castlereagh recibió una noticia que cambió de pronto la faz de las cosas. Inglaterra y los Estados Unidos habían ajustado paces, de modo que aquella quedaba en libertad de disponer de todos sus medios de acción. El plenipotenciario de la Gran Bretaña cobró ánimos y conferenció con Talleyrand. «Los rusos, le dijo el dos de Enero, pretenden imponernos la ley, é Inglaterra está resuelta á no admitirla de nadie». Entonces Talleyrand deslizó la especie de negociar un concierto entre Austria, Francia é Inglaterra. El pensamiento mereció ser bien acogido, y en el acto los dos ministros redactaron un proyecto de convención secreta, que fué aceptado por Metternich y firmado el tres de Enero. Con arreglo á este pacto, cada una de las partes contratantes se obligaba á poner en pie de guerra ciento cincuenta mil hombres para auxiliarse mutuamente y hacer respetar el tratado de París, según cuyos principios y texto se regularía la cuestión de los derechos y fronteras de cada una. Claro es que Francia nada iba ganando en ello, y por esta razón, aunque Talleyrand escribió muy gozoso á Luis XVIII dándose aires de triunfador, el instinto popular acusóle de haber traicionado á su patria. A este tratado se adhirieron Baviera, Cerdeña y los Países Bajos.

Al enterarse de él, Alejandro y Federico Guillermo se contuvieron otra vez, ante el temor de la guerra; trabajóse activamente durante los meses de Enero y Febrero, y después de muchos debates y cabildeos, se llegó á estar de acuerdo en los puntos más importantes. Apenas faltaba ya sino redactar las actas en su forma definitiva, cuando un despacho enviado por el rey de Cerdeña, con fecha cinco de Marzo, llevó á Viena la noticia de haber abandonado Napoleón la isla de Elba. El hecho era exacto, y sus precedentes los que vamos á exponer.

Hemos referido antes el malestar que se sentía en Francia á poco de restaurada la dinastía borbónica, el cual, lejos de disminuir, había ido en progresivo aumento. En Diciembre de mil ochocientos catorce, entró el mariscal Soult en el ministerio de la Guerra, y queriendo restablecer á todo trance la disciplina en el ejército, uno de sus primeros actos fué someter á un consejo de guerra al general Exelmans, bajo la quintuple acusación de correspondencia con el enemigo, de espionaje, de ofensa al rey, de desobediencia y de violación de juramento. En realidad, Exelmans sólo era culpable de haber escrito una carta sin importancia á Murat y de no haber cumplido una orden arbitraria del ministro de la Guerra. El consejo le absolvió por unanimidad, y tanto el ejército como los liberales acogieron el fallo con grandes demostraciones de alegría. Otros hechos y circunstancias contribuyeron á exacerbar las pasiones, como el negarse el cura de Saint-Roch á celebrar los funerales de la Raucourt, célebre actriz; el mandar á Rennes, con el cargo de comisario del rey, á un jefe de chamuscadores, bandidos que asaltaban las casas de campo y quemaban los pies de las víctimas, para forzarlas á declarar dónde tenían oculto el dinero; el alardear cada vez más de intolerancia el clero y de más orgullo los hidalguillos, y el llamar á las armas sesenta mil hombres para sostener la política de Talleyrand en el Congreso de Viena.

En Febrero de mil ochocientos quince, la cólera popular llegó á su colmo y amenazaba desbordarse. La gente inquieta de los distintos partidos se agitaba sin descanso. Fleury de Chaboulon, antiguo auditor en el Consejo de Estado, fué á la isla de Elba para exponer al Emperador el estado de perturbación en que se encontraba el país. A punto de abrirse una nueva legislatura, los diputados constitucionales regresaban de los departamentos, resueltos á obtener ó á conquistar garantías serias contra la arbitrariedad de los ministros y las reivindicaciones de los emigrados, hablándose de que hacía falta otro catorce de Julio. Más impacientes y osados que los constitucionales, los jacobinos y los bonapartistas deseaban aprovechar el interregno parlamentario para dar un golpe atrevido, y urdieron una conjura, cuyo jefe fué Fouché, despedido porque Luis XVIII no se apresuraba á nombrarlo ministro. Contando los conspiradores con algunos elementos militares, no dudaban de su triunfo, siendo lo más curioso que nada tenían determinado para después. La regencia de María Luisa, que habría satisfecho á muchos, no era posible; porque el

emperador Francisco parecía dispuesto á no dejar salir de Viena á su hija ni á su nieto. Por esta causa, los bonapartistas proponían que se proclamara y enviara á buscar á Napoleón, idea que rechazaban los patriotas, en cuyas filas se había alistado Fouché, los regicidas y varios generales, que se inclinaban á discernir el poder al duque de Orleans, violentando su voluntad, si se resistía. No pudiendo los jefes y directores de la conjura ponerse de acuerdo acerca de la solución ulterior, prescindieron de hablar más del particular, acallando cada cual sus simpatías por el momento: unidos por el odio común, les interesaba ante todo derribar á Luis XVIII; lo que luego hubiera de suceder, ya se vería.

Digamos qué era en tanto de Napoleón. Desde su arribo á la isla de Elba, parecía haber tomado en serio el minúsculo imperio que quisieron dejarle, consagrando su atención á fomentar la agricultura, la industria y el comercio de la isla, cual si se tratase de un extenso Estado. Con Balbi, Drouot, Pegrouse y Bertrand, organizó como una apariencia de gobierno; estableció un tribunal de apelación; nombró un inspector de puentes y caminos; formó un pequeño ejército, y hasta creó algo así como una modestísima flota. Aparentó estar resignado; realmente, aplicaba el oído á los rumores que llegaban de Francia, y en todo se ocupaba menos de cumplir la promesa hecha á los granaderos de la guardia, «de escribir las grandes cosas que juntos habían ejecutado». Esperaba, durante los primeros meses de su destierro, que María Luisa y su hijo vivirían alternativamente en Parma y en la isla de Elba, no habiendo motivo para sospechar que la abdicación le privara de sus derechos de esposo y de padre; mas las potencias se habían arrogado la facultad de disponer de la Emperatriz y del titulado Rey de Roma, temerosas de que el partido imperialista intentara restablecer la dinastía napoleónica. En la isla de Elba, el hijo del Emperador habría sido siempre el Príncipe imperial; en Viena, nunca pasaría de ser un Archiduque. Metternich puso al lado de María Luisa al general Neipperg como chambelán, con el encargo especial de hacerla olvidar á Francia y al Emperador y de llevar las cosas, según Meneval, hasta donde pudieran ir». Neipperg cumplió á maravilla su cometido.

En varias ocasiones, quejóse Napoleón amargamente al comisario inglés, Campbell, de la conducta que observaba su suegro. «Mi mujer no me escribe, decía; me han quitado á mi hijo, como antes arrebatában los suyos á los vencidos para servir de ornamento en el triunfo de los vencedores; no es posible citar en los tiempos modernos barbarie por el estilo». De otra parte, las rentas de la isla eran insuficientes para atender á los gastos que se le ofrecían, y Napoleón, á quien tampoco se abonaba la pensión de dos millones que Francia debía pagarle, iba consumiendo el resto de sus ahorros; dijéronle, por último, que Inglaterra, Austria y Francia meditaban deportarlo á una isla más distante: con todo lo cual, él, que seguramente suspiraba por el desquite, debió creer que tenía ya bastantes causas ó pretextos para justificar su propósito de lanzarse á nuevas aventuras,

tan luego se le presentara ocasión propicia. Fleury de Chaboulon, que le visitó de parte de Maret á mediados de Febrero, pintó al vencido de Leipzig con vivos colores el estado de Francia, y le dió cuenta del complot de los jacobinos y bonapartista. Napoleón nada contestó con carácter definitivo; mas en cuanto Chaboulon partió de la isla, dispuso sus preparativos de marcha, que pronto estuvieron terminados. Antes, empero, de poner por obra su resolución, consultó con una persona, con una sola, que fué su madre. Leticia Ramolins, mujer enérgica y hermosa aun en su ancianidad, que tenía el aspecto y el carácter de una matrona romana de los siglos del Imperio. La conversación que madre é hijo sostuvieron en la isla de Elba, ha sido transmitida á la posteridad por el último, que la refiere con sombría grandeza. Examinaron ambos la situación personal del Emperador y las probabilidades de la empresa, pero sin pararse á reflexionar un punto en las consecuencias que ésta podía acarrear á Europa, en general, y á Francia, particularmente. El hijo hablaba de la Fortuna; la madre hablaba de Dios: lo mismo daba; realmente, la Fortuna era también el Dios de Leticia, pues ni una ni otro ligaban sentido moral alguno al concepto de la Divinidad, no preocupándose, en el momento de apercibirse á desencadenar sobre el mundo nuevas calamidades, sino de la gloria y el interés de un solo hombre. La madre aprobó la partida.

Murat, desengañado de las potencias aliadas, que tramaban su pérdida, é influido por su mujer, Paulina Bonaparte, habíase reconciliado con Napoleón, el cual le envió un mensaje encargándole previniese al Austria que no tardaría en estar en París y que aceptaba el tratado de treinta de Mayo. Suponiéndole sincero, no le era dado siquiera coonestar su vuelta con la excusa de querer restituir á Francia las fronteras que por causa de él le arrebataran. El veintiséis de Febrero, á las ocho de la noche, se embarcó en Porto-Ferraio, con los generales Bertrand y Drouot y mil cien hombres, de los que setecientos pertenecían á la guardia y los restantes eran polacos, corsos é italianos. La flotilla, formada por el brik *Inconstante* y seis pequeñas embarcaciones, tuvo la suerte de evitar el encuentro de los cruceros ingleses que guardaban la isla, y en cuanto á los cruceros franceses, como el espíritu de la marina de este país difería poco del de su ejército, no fué difícil burlar su escasa vigilancia. El primero de Marzo por la mañana, la flotilla fondeó en el golfo Juan, entre Cannes y Antibes; el desembarco se verificó sin obstáculo, y los expedicionarios establecieron allí cerca su vivaque. Un capitán y veinte granaderos entraron en la ciudadela de Antibes, para sublevar la guarnición; mas, en vez de conseguir su propósito, fueron hechos prisioneros. Los oficiales querían que se tomara á viva fuerza la ciudadela, para contrarrestar el mal efecto que iba á producir la detención de los granaderos, á lo que el Emperador se opuso diciendo: «Los momentos son preciosos: hay que volar. El mejor modo de reparar las consecuencias del percance de Antibes es correr más que la noticia».